

John R. McNeill y Alan Roe (eds.), *Global Environmental History. An Introductory Reader*, Abingdon, Oxon, Routledge, 2013, xxvi y 449 pp.

La historia ambiental (mejor que el aún utilizado y pleonástico calificativo de «medioambiental») ya no es una materia recién llegada a los medios académicos. Este libro, que intenta difundir la historia ambiental global, comienza explicando que como campo académico reconocido la historia ambiental data de los años setenta del pasado siglo, aunque pueden encontrarse fácilmente obras anteriores que, sin usar el mismo vocabulario, tratan de mismos temas. Desde el principio se trató de una materia de vocación claramente interdisciplinar, que va de la historia a la antropología, de la ecología a la geografía, pues, como puntualizaba John Muir, uno de los fundadores del ambientalismo americano, «cuando tratamos de captar algo en sí mismo, lo encontramos ligado a todo lo demás en el universo». Naturalmente, esto implica ciertas diferencias de enfoque. Por este motivo, los editores del libro han decidido escoger enfoques muy diversos, que, precisamente en su diversidad, se complementan.

La historia ambiental global es muy reciente, pero como todas las materias que han alcanzado cierto desarrollo académico, ha tenido unos precursores, que, dentro de campos muy diversos, prefiguraron su (compleja) temática. McNeill se ocupa, obviamente, del surgimiento de la materia y de sus antecesores, y, en este aspecto, me resulta (discúlpenme) extrañamente «anglocéntrico». Para él los precedentes se hallan en la academia anglosajona, a partir de una de las últimas evoluciones de un intelectual tan prolífico y desconcertantemente poliédrico como A.J. Toynbee. Me sorprende, sin embargo, la falta de consideración en este libro por la producción intelectual de otras tradiciones culturales, como la francesa. F. Braudel, por ejemplo, en su *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II*, no desmerecería nada en una comparación con Toynbee, máxime cuando el mismo McNeill, en otro texto suyo, le atribuye un papel de gran importancia («The Historiography of Environmental History», *The Oxford History of Historical Writing*, Oxford, Oxford University Press, 2010, vol. 5, pp. 159-176). La escuela de *Annales*, con su curiosa mezcla misceláneamente indiscriminada, si se quiere, de *totum revolutum*, también sería un precedente más a tener en cuenta. Hay que reconocer que, de todos modos, para McNeill y Roe el punto de partida sólido y real es el de obras tan fundamentales como las del historiador norteamericano Alfred W. Crosby, con su aportación clave de 1972 sobre el «cambio colombino», término que acuñó para referirse a la transferencia de plantas, animales y enfermedades

patógenas a ambos lados del Atlántico después de 1492. Crosby, al igual que otros precursores como S. Pyne, R. Guha, J. Radkau y el propio McNeill, forma parte del elenco representado en esta obra. Precisamente, uno de los aciertos del libro es que de entre los centenares de obras y autores seleccionados, se han elegido posiblemente los más representativos.

Uno de los editores, John R. McNeill, es profesor de Historia en la Universidad de Georgetown y autor de *Algo nuevo bajo el sol: historia medioambiental del mundo en el siglo XX*, que fue catalogado por la revista *Time* como uno de los mejores libros de ciencia que se han escrito. En este libro McNeill resaltaba la peculiaridad del siglo XX, cuyos grandes motores de cambio pivotaron sobre el crecimiento económico, con sus pautas tecnológicas, y muy especialmente el régimen energético que le sirvió de base. Más recientemente, McNeill ha sido autor de *Mosquito Empires. Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620-1914* (Nueva York, Cambridge University Press, 2010). En este libro McNeill ha reinterpretado buena parte de los enfrentamientos interimperialistas en el gran Caribe (área que comprende el territorio atlántico y caribeño entre Surinam y Virginia) en función de la incidencia de determinadas enfermedades difundidas por la expansión de cultivos coloniales asociados con el incipiente desarrollo del capitalismo. Aquí se demuestra con claridad que la historia ambiental no es una simple aportación complementaria, un apéndice, sino que puede convertirse en nodal a la hora de las grandes interpretaciones de la Historia y la Economía. Este enfoque se nos ha hecho familiar desde la publicación de obras como las de Crosby o, más recientemente, Jared Diamond. La brillantez de la capacidad explicativa de la historia ambiental global puede llegar a extremos simplificadores y aun «amarillistas», como en alguna ocasión ha precisado el propio McNeill respecto de las aportaciones de alguno de sus colegas académicos. Se trata de un campo solo aparentemente ecléctico: no todo vale.

Los editores del libro nos explican, en una ejemplarmente clara y concisa introducción (de la cual esta reseña se reconoce tributaria), las diversas áreas de investigación en torno a las que se agrupa la historia ambiental. La primera es la historia ambiental material, el estudio del cambio ambiental a través del tiempo, o lo que es lo mismo, el impacto humano sobre la naturaleza, y el impacto de la naturaleza sobre los humanos. Los cambios en la naturaleza generan cambios en la sociedad, y viceversa, sin que ello comporte una visión determinista, sino una coevolución sin fin. Este tipo de historia ambiental se centra en los aspectos económico y tecnológico, y por eso se concentra en los menos de doscientos años desde que la industrialización en particular mejoró sustancialmente la capacidad humana para alterar el ambiente.

Un segundo enfoque, la historia ambiental cultural e intelectual, analiza los pensamientos, creencias y escritos sobre las relaciones entre sociedad y naturaleza (religión, literatura, tradición oral). Aunque se basa en el análisis de textos de autores influyentes a lo largo de la historia, su mayor interés consiste en el análisis del impacto de las diferentes tradiciones religioso-culturales (judeo-cristianas, musulmanas, asiático-orientales e indígenas) sobre el mundo natural.

El tercer enfoque es la historia ambiental política y la política ambiental, consistente en la historia de los esfuerzos deliberados para regular el impacto humano sobre

la naturaleza y conducir los conflictos entre grupos sociales en cuestiones concernientes a la naturaleza. Aunque hay ejemplos muy antiguos de ella, la historia de la política ambiental se remonta tan solo a finales del siglo XIX, y hasta 1965 tuvo un impacto muy modesto. A partir de 1965 estas intervenciones —llevadas a cabo por Estados y ONG ambientales— ya han sido más efectivas. Este enfoque de carácter político, por la especificidad de sus fuentes (archivos gubernamentales, documentos impresos, leyes) utiliza el Estado-nación como unidad de análisis, aunque la política ambiental y la historia ambiental política se produce ocasionalmente a escala internacional y a menudo a local.

Por lo que se refiere al contenido del libro en sí, consiste en una recopilación de dieciocho aportaciones muy distintas y desiguales, aunque todas ellas de interés indudable, publicadas originalmente en forma de artículo o capítulo de libro. No se trata, pues, de aportaciones nuevas, algunas de ellas son incluso bastante «antiguas», si se considera la corta vida de la historia ambiental, aunque hay una clara distinción entre algunos autores, que forman parte de la vieja guardia de la historia ambiental, y otros mucho más recientes en sus aportaciones. En conjunto, aquí se engloban publicaciones que cubren desde 1989 hasta 2010, y que aparecieron o bien en revistas especializadas de la máxima difusión y prestigio, o bien en libros de similares características.

El texto se presenta como una orientación e introducción al naciente campo de la historia ambiental global, pensada para un público tanto especializado como curioso. Se organiza en tres partes, (I) Perspectivas globales, (II) Perspectivas regionales y (III) Ambientanismos. El primer ensayo es «Tiempos cambiantes: el legado del Holoceno», del geocientífico norteamericano William R. Dickinson (University of Arizona y miembro de la U.S. National Academy of Science). Se trata de una visión a largo plazo de los cambios inducidos en el ambiente durante el Holoceno, tanto por los humanos como por causas naturales. El Holoceno es la época geológica que empezó con la fusión del hielo del Pleistoceno hace unos doce mil años. La visión a largo plazo de Dickinson nos recuerda que algunos cambios ambientales solo se hacen evidentes a lo largo de centenares de años. Esto resulta particularmente aplicable a la ecología de la restauración, porque cuando se restaura algo debe tenerse muy claro a qué momento concreto se debe restituir.

En «Oscuro es el mundo para ti: una perspectiva histórica de las predicciones ambientales», los filósofos Teresa Kwiatkowska (Universidad Autónoma Metropolitana de México) y Alan Holland (University of Lancaster) demuestran que los problemas ambientales y el agotamiento de los recursos constituyen un problema muy anterior al desarrollo de la sociedad industrial, y que la preocupación por estos problemas existía mucho antes del nacimiento del conservacionismo moderno. Este estudio, resaltan McNeill y Roe, resulta instructivo leerlo conjuntamente con el ensayo de Padua (capítulo 16 en este volumen).

El capítulo 3 («Oportunidades de la historia ambiental marina»), de Jeffrey Bolster (University of New Hampshire), nos introduce en el mundo ambiental marino, que ocupa el 71% de la superficie del planeta, conviene no olvidarlo, pese a que, los historiadores han considerado frecuentemente el océano al margen de la historia. Aparte de la preocupación marginal y bienintencionada por algunas especies de ba-

llenas, en términos generales se pensaba que la vida marina era inagotable. Sin embargo, la industria pesquera ha tenido un impacto desestabilizador sobre la vida marina y en los últimos tiempos esto resulta ya tan evidente que es imposible no incorporar este planteamiento a otros considerados como centrales.

En el capítulo 4 («Género e historia ambiental») Carlyne Merchant (University of California at Berkeley), historiadora pionera de la historia ambiental, argumenta que los historiadores ambientales no han sabido dar a las diferencias de género la importancia debida. Para ella, la cuestión de la producción y reproducción son dos importantes caminos en los cuales el análisis de género puede y debe enriquecer este campo, apenas parcialmente tenido en cuenta. Sin duda este campo permite vislumbrar muchas direcciones para posteriores investigaciones que aún están lejos de ser agotadas.

Mientras que la mayor parte de los historiadores ambientales se centran en los cambios ambientales dentro de una política específica, el historiador y erudito Stephen Pyne (School of Life Sciences, Arizona State University) ha estudiado el fuego a través de la historia humana. En «Consumido por cualquier fuego: una revisión de las consecuencias ambientales del fuego antropogénico», Pyne arguye que al capturar el fuego empezó la era del cambio ambiental antropogénico a larga escala. Aunque el enfoque de Pyne es histórico en la mayor parte del artículo, también presenta una discusión científica a través de la ecología del fuego. Esto resulta infrecuente (pero no único) como enfoque en historia ambiental.

El comercio global ha sido sin duda el agente más importante en el intercambio de especies en los siglos recientemente pasados. Últimamente, historiadores como Crosby han dado una reinterpretación desde la perspectiva de la expansión de los agentes patógenos. Donald Kennedy (científico ambientalista y *President Emeritus* de la Stanford University) y Marjorie Lucks (científico de la tierra) argumentan en «Caucho, plagas y mosquitos: la biogeografía se encuentra con la economía global», que los historiadores ambientales han prestado relativamente poca atención a este aspecto desde la perspectiva del cambio en el ecosistema, incluyendo a las especies en extinción. Los autores también muestran la imposibilidad de entender el problema de la extinción de recursos dentro de un lugar determinado sin tener en cuenta las más profundas fuerzas del mercado en juego.

En «Planeta Animal», la historiadora Harriet Ritvo (Massachusetts Institute of Technology) intenta trascender el enfoque convencional hasta ahora dado a la historia de los animales en las dos décadas precedentes a la publicación de su trabajo. Desde la caza a la domesticación, a las especies en extinción, resulta difícil situar el papel exacto de la historia de los animales en la historia humana en general.

«Historia evolutiva, propuesta para una nueva disciplina», del profesor de historia Edmund Russell, demuestra las aplicaciones y definiciones de largo alcance de historia ambiental y desde aquí la apertura de campos a la innovación y nuevas interpretaciones. A través de la segunda mitad del siglo XIX la humanidad se mostró reacia a abrazar las intuiciones y avances de la biología evolutiva, pero, como Russell demuestra, pocos campos podrían beneficiarse más que la historia ambiental. La historia evolutiva proporciona mucho en cuestiones de cambio ambiental a corto y largo plazo.

Básicamente una síntesis de sus dos obras seminales en el campo de la historia ambiental, «Imperialismo ecológico: la migración ultramarina de europeos occidentales como un fenómeno biológico», de Crosby (University of Texas in Austin), proporciona un ejemplo de un historiador ambiental que emplea las ideas de evolución y ecología en una amplia explicación para el curso de la historia política, económica y social a través de los últimos siglos. La visión de Crosby de la expansión europea, y el papel de plantas, animales y patógenos en hacerlo realidad, es uno de los más clásicos e influyentes argumentos jamás hechos en historia ambiental. Los argumentos de Crosby pueden criticarse por su punto de vista excesivamente determinista, y sobre todo porque desprecia la gestión humana y la responsabilidad moral. Para los descendientes de los conquistadores de América, sin ir más lejos, resulta un alivio pensar que el genocidio de la población indígena se debió a unos agentes patógenos y fue, por tanto, un fenómeno de carácter natural.

La parte correspondiente a las perspectivas regionales incluye trabajos sobre Europa, Rusia, China, Suramérica, África Occidental y América Latina. En «Ambiente y sociedad: tendencias a largo plazo en la minería en América Latina», la historiadora Elizabeth Dore examina el cambio ambiental en América Latina en cinco periodos diferentes —preconquista, colonial, neocolonial, modernización capitalista y la crisis de la deuda que empezó hacia 1970—. Parte del mito del «buen salvaje ecológico», para mostrar cómo recientes investigaciones han demostrado que los aztecas y los mayas vivían en una precaria armonía con la naturaleza. Pero Dore también muestra cómo el avance técnico exacerbó la explotación ambiental. Este aspecto ha resultado especialmente cierto en América Latina durante el siglo xx, cuando las tecnologías mineras crecieron más poderosamente, el afán de lucro tomó pleno predominio sobre la estabilidad ambiental a largo plazo y los gobiernos fueron reacios a proporcionar o reforzar leyes ambientales.

El historiador alemán Joachim Radkau, otro de los pioneros de la historia ambiental, es autor del capítulo 12, «Excepcionalismo en la historia ambiental europea». Los historiadores del mundo y los historiadores de Europa han discutido durante más de un siglo si Europa ha seguido o no un sendero especial, y si es así, por qué. Estos argumentos son típicamente hechos con respecto a la cultura europea, que podría, o no, ser especialmente de ayuda para estudiar el crecimiento económico. Radkau encuentra que desde el punto de vista de la historia ambiental, el sendero europeo ha sido distintivo, sin duda. Su análisis está basado en una perspectiva comparativa que demuestra cómo la trayectoria de la historia ambiental europea difirió de la de otras regiones en varios aspectos fundamentales.

«Trescientos años de crecimiento insostenible: el ambiente de China desde los tiempos arcaicos al presente», de Mark Elvin (profesor emérito de Historia de China en la Australian National University), proporciona un buen ejemplo de historia ambiental a largo plazo dentro de una región. Elvin plantea si el cambio ambiental puede ser explicado por cambios demográficos o por fuerzas externas —en este caso, políticas estatales—. A través de su matizado tratamiento de los diferentes periodos de la historia ambiental china, concluye abrumadoramente que los cambios demográficos fueron secundarios a las políticas llevadas a cabo por las dinastías imperiales chi-

nas. Más aún, Elvin demuestra que los esfuerzos del Estado en la conservación ambiental a menudo impusieron pesadas privaciones sobre los grupos campesinos, que dependían de los recursos naturales para su subsistencia. Mientras que la cubierta forestal se retraía durante el periodo de trescientos años que Elvin examina, la capacidad de llevar la tierra se expandió.

«El estado predador, captador de rentas. Una herramienta para entender la historia ambiental de Rusia», de Douglas Weiner (University of Arizona), también adopta el punto de vista de las políticas estatales o estilo de gobierno que resulta imprescindible para entender el cambio ambiental. Haciendo hincapié en las acciones del Estado más que ningún otro autor en esta selección, Weiner atribuye el cambio ambiental en la Rusia imperial y en la Unión Soviética a la muy específica cultura política que tuvo sus raíces en la aparición de Moscovia en los siglos xv y xvi. Mientras algunos historiadores ambientales del siglo xx han visto el capitalismo como el agente primario de la destrucción ambiental durante el siglo xx, Weiner nos recuerda que el sistema comunista de la Unión Soviética también tuvo una responsabilidad propia.

«Ecología y cultura en África occidental», de James L.A. Webb Jr. (John Hopkins University), proporciona una visión a largo plazo del cambio ambiental en diversos paisajes de África occidental, bosques, desierto, y sabana herbácea. Webb transporta al lector más allá de las nociones simplistas de determinismo geográfico, y argumenta que los indígenas africanos causaron cambios en el paisaje, a menudo quemando bosques para dejar espacio a la agricultura o para reducir el riesgo de la enfermedad del sueño reduciendo el hábitat de la mosca tse-tsé. Más aún, muestra cómo las adaptaciones evolutivas, especialmente a la malaria, ayudaron a las poblaciones africanas a sobrevivir y florecer en esos paisajes.

La tercera parte de este libro cubre un espacio cronológico más concreto y limitado, ya que el ambientalismo es un fenómeno del siglo xx, sobre todo posterior a la Segunda Guerra Mundial. «El problema con la naturaleza salvaje: volver a la naturaleza equivocada», de William Cronon (University of Wisconsin), fue una contribución seminal en el «gran debate sobre la naturaleza virgen» que pesó grandemente en este terreno en especial durante la década de los noventa del pasado siglo. Según Cronon, la obsesión americana, la particular construcción cultural de «naturaleza virgen» —el mito de que América era prístina antes de la interferencia de los euroamericanos— y el estatus jurídico que alcanzó a través de la Ley de Naturaleza Virgen (Wildlifeness Act de 1964) ha distraído a los ambientalistas de los aspectos ambientales relacionados con la justicia social. El planteamiento de Cronon abre un debate de gran profundidad para que los ambientalistas aporten perspectivas a los intereses ambientales contemporáneos.

«El movimiento conservacionista en el Japón de la posguerra», de la historiadora neozelandesa Catherine Knight, demuestra que el ambientalismo japonés estuvo basado en cálculos convencionales del bienestar nacional. La salud humana, más que los intereses ecológicos, muy influyentes en el ambientalismo norteamericano, sirvió como catalizador. Más aún, los beneficios económicos esperados proporcionaron prácticamente la única base para la construcción de los primeros parques naturales japoneses. Como la Agencia Ambiental Japonesa centraba buena parte de su atención

en la disminución de la polución, el empuje hacia el desarrollo económico hizo este proyecto excepcionalmente difícil en la era posbélica.

José Augusto Pádua (Universidade Federal do Rio de Janeiro) es autor de «Aniquilando producciones nacionales: economía de la naturaleza, crisis colonial y los orígenes de la política ambiental brasileña (1786-1810)», donde descubre un discurso perdido del Brasil colonial que tiene una profunda relación con esto. Muchos intelectuales brasileños en las décadas anteriores a la independencia airearon aspectos sobre el uso ineficiente, y de hecho despilfarro absoluto, de los bosques y suelos de Brasil. Sintieron en particular que las técnicas agrícolas de Brasil eran atrasadas y paralizantes por el uso de la esclavitud, así que argumentos a favor de la cría de ovejas y la abolición de la esclavitud coincidían. Uno de los autores estudiados por Pádua incluso objetó la caza excesiva de ballenas. Mientras que en algunos análisis la Ilustración europea del siglo XVIII está asociada con la imprudente explotación de recursos, en Brasil los intelectuales de la Ilustración se pronunciaron claramente a favor de una cuidada conservación de la bondad de la naturaleza.

Ramachandra Guha, sociólogo e historiador de India, es el autor del capítulo final. En «El biólogo autoritario y la arrogancia del antihumanismo: conservación de la vida salvaje en el Tercer Mundo», lanza un severo ataque contra una de las formas de ambientalismo, la biología de la conservación. A partir de escritos de biólogos sobre la vida salvaje en África y en la India, generalmente de los años ochenta del pasado siglo, Guha muestra la insensibilidad de estos biólogos poscoloniales hacia los seres humanos que habitan en las áreas de rica vida salvaje. Estos biólogos, sobre todo americanos y europeos, no captaron las circunstancias de los campesinos y pastores que se buscaban la vida en paisajes salpicados de elefantes, leones y tigres. Mientras que la biología de la conservación ha evolucionado desde Guha (y otros) y ha lanzado esta crítica, el conflicto de valores sobre cómo gestionar tales paisajes se mantiene. ¿Deberá ser desplazada la gente para salvar a los tigres de la extinción? ¿Deberán ser recolocados los tigres para salvar a la gente de sus ataques? Para algunos, esto son cuestiones fáciles. Para otros, no.

En resumen, tenemos un texto que, aunque lejos de resultar novedoso, incluye algunas de las aportaciones más importantes de la historia ambiental de los últimos veinte años, seleccionadas, con gran perspicacia, por los editores. Un texto muy recomendable, como ya se ha dicho, tanto para especialistas como estudiantes o simples interesados en el tema.

RICARD SOTO
Universitat de Barcelona